

H. P. Lovecraft

La Nave Blanca



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA NAVE BLANCA

H. P. LOVECRAFT

**PUBLICADO: 1919
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

EL BARCO BLANCO

H. P. LOVECRAFT

Soy Basil Elton, guardián del faro de North Point, que antes que yo guardaron mi padre y mi abuelo. Lejos de la costa se alza el faro gris, sobre rocas sumergidas y viscosas que se ven cuando la marea está baja, pero permanecen ocultas cuando la marea sube. Junto a aquella señal han pasado durante un siglo las majestuosas naves de los siete mares. En los días de mi abuelo eran muchas; en los días de mi padre, no tantas; y ahora son tan pocas que a veces me siento extrañamente solo, como si fuese el último hombre de nuestro planeta.

De lejanas costas venían aquellas antiguas flotas de blancas velas; de remotas costas orientales donde brillan soles cálidos y dulces aromas se demoran en torno a extraños jardines y alegres templos. Los viejos capitanes del mar acudían a menudo a mi abuelo y le hablaban de esas cosas, que él a su vez contó a mi padre, y mi padre me contó a mí durante las largas veladas de otoño, cuando el viento aullaba de un modo siniestro desde Oriente. Y yo he leído más sobre esas cosas, y sobre muchas otras, en los libros que los hombres me dieron cuando era joven y estaba lleno de asombro.

Pero más maravilloso que el saber de los viejos y que el saber de los libros es el saber secreto del océano. Azul, verde, gris, blanco o negro; liso, encrespado o montañoso, aquel océano no está callado. Todos los días de mi vida lo he observado y escuchado, y lo conozco bien. Al principio solo me contaba las pequeñas y sencillas historias de playas tranquilas y puertos cercanos, pero con los años se volvió más amistoso y habló de otras cosas; de cosas más extrañas y más distantes en el espacio y en el tiempo. A veces, al crepúsculo, los vapores grises del horizonte se han apartado para concederme vislumbres de las rutas de más allá; y a veces, de noche, las aguas profundas del mar se han vuelto claras y fosforescentes para concederme vislumbres de las rutas de abajo. Y esos vislumbres han sido tan a menudo de las rutas que fueron y de las rutas que pudieron ser como de las rutas que son; pues el océano es más antiguo que las montañas, y va cargado con los recuerdos y los sueños del Tiempo.

Del Sur solía venir el barco blanco cuando la luna estaba llena y alta en los cielos. Del Sur se deslizaba suavísima y silenciosamente sobre el mar. Y ya estuviese el mar bravo o en calma, ya fuese el viento favorable o adverso, siempre se deslizaba con suavidad y silencio, con sus velas distantes y sus largas y extrañas hileras de remos moviéndose rítmicamente. Una noche distinguí sobre cubierta a un hombre barbado y cubierto con una túnica, y pareció hacerme señas para que embarcara rumbo a hermosas costas desconocidas. Muchas veces después lo vi bajo la luna llena, y siempre me hacía señas.

Muy brillante resplandecía la luna la noche en que respondí a la llamada, y caminé sobre las aguas hasta el barco blanco por un puente de rayos lunares. El hombre que me había hecho señas me dio entonces la bienvenida en una lengua suave que me pareció conocer bien, y las horas se llenaron con los dulces cantos de los remeros mientras nos deslizábamos hacia un Sur misterioso, dorado por el fulgor de aquella luna llena y apacible.

Y cuando despuntó el día, rosado y resplandeciente, contemplé la verde costa de tierras remotas, luminosas y hermosas, y desconocidas para mí. Desde el mar se alzaban majestuosas terrazas de verdor, salpicadas de árboles, que mostraban aquí y allá los relucientes techos blancos y las columnatas de extraños templos. Al acercarnos a la verde costa, el hombre barbado me habló de aquella tierra, la Tierra de Zar, donde moran todos los sueños y pensamientos de belleza que llegan una vez a los hombres y luego

son olvidados. Y cuando volví a mirar las terrazas vi que lo que decía era cierto, pues entre las visiones que tenía delante había muchas cosas que en otro tiempo había contemplado a través de las brumas más allá del horizonte y en las profundidades fosforescentes del océano. Había allí también formas y fantasías más espléndidas que cualquiera que hubiera conocido jamás; las visiones de jóvenes poetas que murieron en la miseria antes de que el mundo pudiera saber lo que habían visto y soñado. Pero no pusimos pie en los prados inclinados de Zar, pues se cuenta que quien los pisa no puede regresar nunca más a su costa natal.

Mientras el barco blanco se alejaba silenciosamente de las terrazas coronadas de templos de Zar, vimos en el horizonte lejano, por delante de nosotros, las agujas de una ciudad poderosa; y el hombre barbado me dijo:

—Esta es Thalarion, la Ciudad de las Mil Maravillas, donde residen todos aquellos misterios que el hombre se ha esforzado en vano por sondear.

Y miré de nuevo, ya más cerca, y vi que la ciudad era más grande que cualquier ciudad que yo hubiese conocido o soñado antes. Sus agujas se elevaban hacia el cielo desde los templos, de modo que ningún hombre podía contemplar sus cimas; y mucho más allá del horizonte se extendían las lúgubres murallas grises, sobre las cuales solo podían divisarse unos pocos techos, extraños y ominosos, pero adornados con ricos frisos y seductoras esculturas. Ansí con fuerza entrar en aquella ciudad fascinante y, sin embargo, repulsiva, y rogué al hombre barbado que me desembarcara en el muelle de piedra junto a la enorme puerta tallada de Akariel; pero él negó dulcemente mi deseo, diciendo:

—A Thalarion, la Ciudad de las Mil Maravillas, muchos han entrado, pero ninguno ha regresado. Allí solo caminan demonios y cosas dementes que ya no son hombres, y las calles están blancas con los huesos insepultos de quienes han contemplado al eidolon Lathi, que reina sobre la ciudad.

Así que el barco blanco siguió navegando junto a las murallas de Thalarion, y durante muchos días siguió a un ave que volaba hacia el Sur, cuyo plumaje lustroso igualaba el cielo del que había aparecido.

Entonces llegamos a una costa placentera, alegre con flores de todos los colores, donde hasta donde alcanzaba nuestra vista hacia el interior se solazaban hermosas arboledas y radiantes emparrados bajo un sol meridiano.

Desde glorietas que escapaban a nuestra vista llegaban estallidos de canto y fragmentos de armonía lírica, entreverados con una risa tenue tan deliciosa que, en mi afán por alcanzar aquel lugar, insté a los remeros a avanzar. Y el hombre barbado no dijo palabra, sino que me observó mientras nos aproximábamos a la orilla bordeada de lirios. De pronto, un viento que soplaba sobre los prados floridos y los bosques frondosos trajo un olor que me hizo temblar. El viento arreció, y el aire se llenó con el hedor letal y mortuorio de ciudades asoladas por la peste y cementerios descubiertos. Y mientras huíamos enloquecidamente de aquella costa maldita, el hombre barbado habló al fin, diciendo:

—Esta es Xura, la Tierra de los Placeres Inalcanzados.

Así, una vez más, el barco blanco siguió al ave del cielo, sobre mares cálidos y benditos, abanicados por brisas acariciadoras y aromáticas. Día tras día y noche tras noche navegamos, y cuando la luna estaba llena escuchábamos los dulces cantos de los remeros, tan suaves como en aquella noche remota en que zarpamos lejos de mi lejana tierra natal. Y fue a la luz de la luna cuando por fin anclamos en el puerto de Sona-Nyl, custodiado por dos promontorios gemelos de cristal que se elevan desde el mar y se unen en un arco resplandeciente. Esta es la Tierra de la Fantasía, y caminamos hasta la verde orilla por un puente dorado de rayos lunares.

En la Tierra de Sona-Nyl no hay tiempo ni espacio, ni sufrimiento ni muerte; y allí moré durante muchos eones. Verdes son las arboledas y los pastos, brillantes y fragantes las flores, azules y musicales los arroyos, claras y frescas las fuentes, y majestuosos y espléndidos los templos, castillos y ciudades de Sona-Nyl. Aquella tierra no tiene límites, pues más allá de cada perspectiva de belleza se alza otra aún más hermosa. Por el campo y entre el esplendor de las ciudades puede moverse a voluntad la gente feliz, toda ella dotada de una gracia intacta y una dicha sin mezcla. Durante los eones que allí habité vagué dichosamente por jardines donde asoman pintorescas pagodas entre agradables macizos de arbustos, y donde los senderos blancos están bordeados de delicadas flores. Subí colinas suaves desde cuyas cimas podía ver panoramas arrebatadores de hermosura, con ciudades de campanarios cobijadas en valles verdes, y con las cúpulas doradas de urbes gigantescas centelleando en el horizonte infinitamente distante. Y contemplé a la luz de la luna el mar centelleante, los promontorios de cristal y el plácido puerto donde yacía anclado el barco blanco.

Fue contra la luna llena, una noche del año inmemorial de Tharp, cuando vi recortarse la forma del ave celeste que me hacía señas, y sentí las primeras agitaciones del desasosiego. Entonces hablé con el hombre barbado y le conté mis nuevos anhelos de partir hacia la remota Cathuria, que ningún hombre ha visto, pero que todos creen situada más allá de los pilares de basalto del Oeste. Es la Tierra de la Esperanza, y en ella brillan los ideales perfectos de todo cuanto conocemos en otras partes; o al menos eso cuentan los hombres. Pero el hombre barbado me dijo:

—Guárdate de esos mares peligrosos donde los hombres dicen que yace Cathuria. En Sona-Nyl no hay dolor ni muerte; pero ¿quién puede decir qué hay más allá de los pilares de basalto del Oeste?

Con todo, a la siguiente luna llena subí a bordo del barco blanco, y con el renuente hombre barbado dejé el puerto feliz rumbo a mares nunca recorridos.

Y el ave del cielo voló delante de nosotros y nos condujo hacia los pilares de basalto del Oeste, pero esta vez los remeros no entonaron dulces cantos bajo la luna llena. En mi mente imaginaba a menudo la desconocida Tierra de Cathuria con sus espléndidas arboledas y palacios, y me preguntaba qué nuevos deleites me aguardarían allí. «Cathuria — me decía — es la morada de los dioses y la tierra de innumerables ciudades de oro. Sus bosques son de áloe y sándalo, como las fragantes arboledas de Camorin, y entre los árboles revolotean alegres aves dulces de canto. En las montañas verdes y floridas de Cathuria se alzan templos de mármol rosado, ricos en glorias talladas y pintadas, y en sus patios hay frescas fuentes de plata, donde murmuran con música arrebatadora las aguas perfumadas que proceden del río Narg, nacido en grutas. Y las ciudades de Cathuria están ceñidas de mural-las doradas, y sus pavimentos son también de oro. En los jardines de esas ciudades hay orquídeas extrañas y lagos perfumados cuyos lechos son de coral y ámbar. Por la noche, las calles y los jardines se iluminan con alegres faroles hechos con el caparazón tricolor de la tortuga, y allí resuenan las suaves notas del cantor y del tañedor de laúd. Y las casas de las ciudades de Cathuria son todas palacios, cada uno construido sobre un canal fragante que lleva las aguas del sagrado Narg. De mármol y pórfido son las casas, y están techadas con oro resplandeciente que refleja los rayos del sol y acrecienta el esplendor de las ciudades cuando los dioses dichosos las contemplan desde las cimas distantes. El más hermoso de todos es el palacio del

gran monarca Dorieb, de quien algunos dicen que es semidiós y otros, dios. Alto es el palacio de Dorieb, y muchas son las torrecillas de mármol sobre sus muros. En sus amplios salones pueden reunirse multitudes, y allí cuelgan los trofeos de las edades. Y el techo es de oro puro, asentado sobre altos pilares de rubí y azur, y tiene figuras talladas de dioses y héroes tales que quien alza la vista hacia aquellas alturas parece contemplar el Olimpo viviente. Y el suelo del palacio es de cristal, bajo el cual fluyen las aguas del Narg, astutamente iluminadas, alegres con peces vistosos desconocidos más allá de los confines de la hermosa Cathuria».

Así me hablaba a mí mismo de Cathuria, pero siempre el hombre barbado me advertía que volviéramos a las costas felices de Sona-Nyl; pues Sona-Nyl es conocida por los hombres, mientras que nadie ha contemplado jamás Cathuria.

Y el trigésimo primer día desde que seguíamos al ave, vimos los pilares de basalto del Oeste. Envuelto en bruma estaban, de modo que ningún hombre podía mirar más allá de ellos ni ver sus cimas, que, según algunos dicen, alcanzan incluso los cielos. Y el hombre barbado me imploró de nuevo que regresáramos, pero no le hice caso; pues desde las brumas más allá de los pilares de basalto creí oír las notas del cantor y del tañedor de laúd, más dulces que los cantos más dulces de Sona-Nyl, y entonando mis propias alabanzas; las alabanzas de mí, que había viajado lejos bajo la luna llena y habitado en la Tierra de la Fantasía.

Así, al son de aquella melodía, el barco blanco navegó hacia la bruma entre los pilares de basalto del Oeste. Y cuando la música cesó y la bruma se levantó, no vimos la Tierra de Cathuria, sino un mar impetuoso e irresistible, por el que nuestra indefensa nave era arrastrada hacia alguna meta desconocida. Pronto llegó a nuestros oídos el trueno lejano de aguas que caían, y ante nuestros ojos apareció, en el horizonte distante, la espuma titánica de una catarata monstruosa, por la que los océanos del mundo se precipitan hacia una nada abismal. Entonces el hombre barbado me dijo, con lágrimas en las mejillas:

—Hemos rechazado la hermosa Tierra de Sona-Nyl, que quizá nunca volvamos a contemplar. Los dioses son más grandes que los hombres, y han vencido.

Y cerré los ojos antes del estruendo que sabía que llegaría, excluyendo la visión del ave celeste que batía sus burlonas alas azules sobre el borde del torrente.

De aquel estruendo surgió la oscuridad, y oí los chillidos de hombres y de cosas que no eran hombres. Del Este se alzaron vientos tempestuosos, y me helaron mientras me encogía sobre la losa de piedra húmeda que había surgido bajo mis pies. Entonces, al oír otro estruendo, abrí los ojos y me vi sobre la plataforma de aquel faro desde el que había zarpado tantos eones atrás. En la oscuridad de abajo se perfilaban los vastos contornos borrosos de un navío que se hacía pedazos contra las crueles rocas, y al mirar hacia la extensión desierta vi que la luz había fallado por primera vez desde que mi abuelo asumiera su cuidado.

Y en las últimas vigiliass de la noche, cuando entré en la torre, vi en la pared un calendario que seguía igual que cuando lo dejé a la hora en que zarpé. Con el alba descendí de la torre y busqué restos del naufragio entre las rocas, pero lo único que encontré fue esto: una extraña ave muerta cuyo color era como el del cielo azul, y un único mástil destrozado, de una blancura mayor que la de las crestas de las olas o la nieve de las montañas.

Y desde entonces el océano no volvió a contarme sus secretos; y aunque desde entonces muchas veces la luna ha brillado llena y alta en los cielos, el barco blanco del Sur no regresó jamás.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB